

Gracia Fernández López

Del corazón
a la memoria:

Mi abuela

Tleo
2009

PRÓLOGO

Estoy pasando unos días de este verano de 2007 en la casa de mi hija Merche. Sentadas muchos ratos en su fresco jardín hablamos y recordamos sucesos de nuestras vidas. Casi siempre aparece el recuerdo de mi abuela, con alguna frase de las que decía o alguna de sus vivencias; mi hija las conoce de oírme repetir las. Uno de estos días ella me dijo: ¿por qué no escribes la vida de la *abuelica*? Me quedé sorprendida ante esta petición pues no me considero con capacidad para poder hacerlo, pero siguió insistiendo porque siempre había sentido interés por saber más cosas de su bisabuela, pues ésta murió cuando ella era muy pequeña (tenía 6 años) y no obstante le había impresionado. Me insistió tanto que me convenció; quizá también porque en mi interior sentía como una necesidad de dar a conocer esta personalidad que siempre admiré y me dispongo a hacerlo. Este deseo de dejar constancia de su recuerdo sería el que me movió hace algunos años a pintar un cuadro a óleo en el que plasmé objetos suyos que la evocaban y que sirven de portada a esta narración. En la composición figura una fotografía de ella cuando tenía 40 años y que era la única

que poseía; su máquina de coser de las que se movían por manivela, y que la había usado mucho en su primera época de casada para ayudar a la economía doméstica, que era muy precaria. Decía: Si se pudieran juntar las piezas de tela que han pasado por ella habría que medirlas en kilómetros. Normalmente estaba en una silla para que fuese más fácil transportarla; yo la he colocado en una mesita, (también suya) aunque la función de ésta se encontraba en la cocina. Otra cosa pintada es su tabaque, en él encontrabas: sábanas para remendar, (faena muy importante en aquel tiempo). Cuando las sabanas por el continuado uso se desgastaban en el centro, antes de que llegaran a romperse, se quitaba este trozo cortando un rectángulo o cuadrado y se suplía con tela nueva y fina que se lavaba y soleaba antes de coserla para que quedara lo más afín posible a la de la sabana que se remendaba; así se prolongaba su duración casi como si fuera de estreno. A mí me enseñó ella como se cosían estas piezas; no debía hacerse a máquina, pues además de gastar más hilo, (aunque ahora parezca ridículo entonces no lo era), la costura quedaba más tiesa y dura y lo bueno era que se notara lo menos posible y quedara más agradable al tacto. En el tabaque había también medias y calcetines que se zurcían metiendo un huevo de madera, que había para ello, en el calcetín y sobre él se daban las pasadas con un hilo especial para esta labor y quedaban con su forma sin encogidos a los que le llamaban familiarmente “culos de pollo”.

Después de esta descripción del cuadro, con la que también he recordado costumbres de antaño, voy a tratar de narrar cómo era *mi abuela*. No me voy a limitar sólo a

los acontecimientos de su vida; haré un poco de historia de las costumbres y lugares donde le tocó vivir, para poder comprender mejor su forma de comportarse. Lo divido en tres partes: en la Primera, todo lo que narro son recuerdos de cosas que me contaron, familia, amigos y sobre todo, mi abuela. En la Segunda incorporo a la anterior los recuerdos de mi infancia y la Tercera, es en la que ya soy mayor y relato mis vivencias junto a ella.

Todo está basado en mi memoria; ese disco duro, del maravilloso ordenador que es el cerebro, que los fue archivando y ahora recuperando de una forma bastante buena. En algunos momentos puntuales —referidos a fechas o asuntos concretos— sí he recurrido a libros u otras fuentes fiables.

PRIMERA PARTE

Se llamaba Ascensión. A ella le gustaba su nombre (se lo pusieron porque nació en ese día), le parecía muy hermoso porque se celebraba la Ascensión del Señor al cielo. Había un dicho que decía: “tres jueves hay en el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christy y día de la Ascensión”. Estas festividades son muy importantes en la Iglesia y también populares, aunque en la actualidad la han ido perdiendo al dejar de ser fiesta en toda España.

Nació en un fértil pueblecito del Valle de Lecrín a la falda de Sierra Nevada. Era la mayor de tres hermanas que se llamaban Beatriz y María. Su padre era arriero, poseía una gran recua de animales de carga con los que transportaba mercancías de unos lugares a otros. En aquel tiempo era una profesión muy rentable; se puede comparar hoy a la de poseer una flota de camiones de transporte. Económicamente vivían con holgura. De su madre, no la oí nunca hablar, no sé si es que murió siendo ella pequeña o simplemente que no contaba nada por su forma de ser reservada y poco habladora; a mí tampoco se me ocurrió nunca preguntarle, por mi condición parecida a la suya y solo sé lo que le oí comentar en algunas ocasiones.

Como ya he dicho, el padre era arriero. Lo que transportaba de unos lugares a otros, siempre eran productos

agrícolas. Parece ser que se dieron varios años consecutivos de malas cosechas, lo que hizo que disminuyera el trabajo; no había productos que transportar y los que había eran caros. Para mantener el negocio a flote fue vendiendo las fincas que poseían.

Llevaba las acémilas cargadas a los pueblos de su recorrido, pero a cambio no recibía ni dinero ni otros productos; volvía con ellas vacías y su bolsa, en lugar de monedas, iba llena de pagarés (no creo que entonces le dieran ese nombre), que eran papeles en los que figuraba un nombre y la cantidad que le debían. Estos papeles fueron llenando un baúl que habilitó para ello.

Esta situación se prolongó hasta que no pudo sostenerla más. Su fortuna quedó reducida al baúl con los pagarés. La mayoría de ellos pertenecían a un mismo pueblo y pensó que sería buena idea vivir en él; así le sería más fácil cobrarlos. Éste fue el motivo de que se trasladaran a ese pequeño anejo de Moclín al que no les unía más que los intereses económicos.

Llegaron el padre y las tres hijas sin más equipaje que lo imprescindible para la casa y el baúl con los pagarés; pero sí llevaban, sobre todo las hijas, un gran bagaje de ilusiones y esperanzas. Se establecieron en él, pero el papel de acreedor no es fácil ni agradable, sobre todo en tiempos de escasez.

Hay una frase popular que dice: *Quien presta a sus amigos muchas veces, amigos y dinero pierde.*

Esto le pasó a él: no recobró su dinero y sí perdió amigos.

Las expectativas que tenían al irse allí se vieron frustradas por la realidad de los hechos.

Pudieron salir adelante gracias a las buenas aptitudes que tenían las jóvenes para realizar muchos trabajos y también a su buen palmito, cosa que en todos los tiempos se valora bastante.

Se casaron las tres muy jóvenes y el padre se quedó viviendo solo en la pequeña casa.

MI ABUELICA

Desde que yo recuerdo, la llamábamos así todos los nietos y demás familia. ¿Por qué este diminutivo? Lo más seguro es que el primer nieto cuando era pequeño la llamara así y ya todos lo hacíamos por imitación; lo cierto es que siempre fue la “*Abuelica*” para todos. El diminutivo le iba a la perfección con su físico; era bajita y delgada, su espalda estaba encorvada de forma acusada y según iban pasando los años se hacía más evidente, hasta tal punto que cuando enfermó y murió, el médico dijo que una de las causas era la poca capacidad torácica debido a la deformidad de la columna vertebral que no permitía el normal funcionamiento del corazón. Desde que yo recuerdo, no tuvo ninguna enfermedad importante, por lo tanto no iba al médico, pero seguro que esa deformidad de los huesos le produciría dolor, pero nadie lo supo nunca porque no se quejaba. Su piel era blanca nacarada aunque la única que se le veía era la cara y el antebrazo y estos estaban curtidos y manchados por el sol y demás inclemencias ambientales que habían soportado durante tantos años. Usaba gafas para leer y coser. Eran de cristales pequeños y redondos con una montura muy

fina dorada; las patillas, de tanto usarlas, ya estaban muy deterioradas y ella las arreglaba una y otra vez pero nunca las llevó a la óptica para renovarles nada. Las guardaba en una funda metálica (las gafas y la funda las conservo yo). Sus manos no estaban proporcionadas con su cuerpo, cosa que siempre me llamó la atención: eran grandes y huesudas, habían realizado todo tipo de trabajos desde el más fino al más duro. Los pies pequeños y ágiles, andaba mucho con paso ligero y corto. Su vestimenta era muy sobria: siempre de negro, consistía en una camisa o blusa de un género más o menos grueso según la estación del año y sobre esta camisa un pico o “mantoncito” de un género fresco en verano y en invierno, una toquilla de lana que ella misma se confeccionaba; una falda amplia y larga hasta más de media pantorrilla. Si tenía que salir en invierno llevaba una chaqueta larga de paño y si hacía mucho frío, además, una toquilla grande de lana; las medias, negras en invierno y verano; unos zapatos o botitas de un material parecido al plástico (éste entonces no existía) para protegerse del agua y barro que en aquel tiempo abundaba, pues ninguna calle estaba solada; en verano unas zapatillas frescas. La única nota con un poco de color (blanco) era un delantal para hacer las faenas caseras. Esto era lo que estaba a la vista. Interiormente llevaba una camisa larga sin manga, un jubón de tela blanca de algodón con mangas abrochado por delante y unas enaguas, también de tela blanca, con vuelo y una puntilla bordada por el borde; en invierno eran sustituidos por un refajo de tela gruesa. Una pieza muy importante en su vestuario era la faltriquera: se trataba de un bolsito, que ella se confeccionaba con tela de pana, tenía una abertura y estaba ribeteada de cinta que se

prolongaba en los dos extremos con una longitud suficiente como para rodear la cintura y anudársela, esto iba debajo de la falda, haciendo coincidir su abertura con la de la falda.

¿Qué llevaba mi *abuelica* en su faltriquera?: un pañuelito, un trozo de lápiz, un dedal para coser, un canutero de hueso labrado que le regaló mi padre, en el que llevaba algunos alfileres, imperdibles y agujas de diferentes tamaños, unas pinzas, el rosario, cerillas, una navaja pequeña y la llave de la casa cuando salía y no quedaba nadie. Si alguien tenía necesidad de algo de lo que llevaba, acudían a ella; siempre sacaba lo que le pedían pero estaba pendiente y cuando habían terminado de usarlo, lo reclamaba para volver a guardarlo; decía que así siempre lo tendrían disponible.

La cabeza era pequeña pero dotada de una gran melena de pelo ondulado en el que predominaban las canas; se peinaba con un moño o rodete formado por una larga trenza. Tengo la imagen suya peinándose, grabada en mi mente: de pie inclinada hacia delante con todo el pelo tapándole la cara, pasaba el peine una y otra vez hasta que quedaba suelto y sin enredos, entonces confeccionaba la trenza y enrollándola sobre su nuca formaba el rodete sujetándolo con horquillas metálicas especiales para ello; para facilitar el peinado y nutrir el cabello usaba aceite de romero, lo hacía todos los días y sin ayuda de nadie a pesar de sus muchos años. Su cara no tenía ni parecido con la de su juventud, eso decían personas que la conocieron, porque fotografías, como ya he dicho, no existían; los ojos, que son lo más importante de un rostro, en su caso, estaban encogidos, hundidos, sin color definido; su semblante era serio, pero no desagradable. Esta descripción es de cómo yo la recuerdo.

Ahora vuelvo a su historia desde que se casó (de esta ceremonia no tengo ninguna referencia, ni oral ni gráfica). Se casó joven (no sé la edad) con José María, el mayor de cinco hermanos: Salvador, Emilio, Francisco y Carmen; todos se criaron con la madre que enviudó cuando el mayor (mi abuelo) tenía diez años. El padre, que también era arriero, como el de ella, durante un viaje enfermó de cólera en una epidemia que hubo y en el camino cuando regresaba a casa, murió antes de poder llegar; cualquiera puede imaginar la dramática escena y la tremenda situación de la familia. Mi abuelo, a pesar de su corta edad, desde aquel momento fue ascendido por el destino a “jefe” de la familia; desde entonces tuvo que trabajar mucho para ayudar a la supervivencia. Fumaba mucho y decía que empezó a hacerlo con diez años, o sea cuando ocupó el lugar del padre en responsabilidad. Él, por ser hijo de viuda y el mayor, no hizo el Servicio Militar; al segundo, Salvador, le tocó ir a la guerra de Cuba. Yo recuerdo que en la casa de mi *abuelica* había una foto de éste, con el uniforme que usaban allí y me llamaba la atención el sombrero que tenía pues era de ala ancha, cuando volvió estaba enfermo e inútil para trabajar. Emilio, el tercero, tuvo una muerte trágica siendo muy joven. Francisco y Carmen, se casaron y se fueron a vivir a otro pueblo. Cuento la situación familiar porque esa la vivió mi *abuelica* cuando se casó, pues no tenían casa y se fueron a vivir a la de la madre de mi abuelo. Conociendo a mi abuela me puedo hacer una idea de lo que sería su vida en esa situación. A la suegra, por parte de los hijos y todos en general, le tenían una gran consideración que los impulsaba a todo tipo de atenciones; así que mi abuela

se desvivía cuidándola y atendiéndola. Al poco tiempo de casada tuvo un aborto de un niño, pero como entonces no se iba al médico para casi nada y menos para esos problemas femeninos, todo se trataba con métodos caseros y mantenidos por tradiciones. Lo cierto es que no quedó bien y estuvo durante ocho años sin quedarse embarazada; esto, para ella, tendría que ser triste e incluso humillante, pues una mujer casada, en aquel tiempo, que no tuviera descendencia, se consideraba como una desgracia, además de por lo sentimental o afectivo también por lo económico, pues los hijos no sólo se consideraban como una bendición de Dios, sino como algo productivo, ya que en cuanto podían, trabajaban para contribuir al bienestar económico de la familia. Con esta filosofía de la vida, que es la que había, sé que mi abuela se sentiría culpable y supliría esa “falta” economizando en sus gastos personales, llegando incluso a reducir su alimento. Esto lo digo porque he sido testigo de ello, ya en otros tiempos, y también trataría de compensarlo a fuerza de trabajar hasta límites insospechados. Entre los trabajos que hacía entonces, además de los normales de cualquier ama de casa, como la comida y la limpieza, estaba el acarreo del agua desde la fuente. Eso se hacía diariamente con el cántaro apoyado en el cuadril; amasar para hacer el pan: para ello en una artesa de madera ponía un poco de levadura (masa del día anterior fermentada), agua tibia, sal y harina; esta artesa se colocaba cerca de la lumbre para que la temperatura fuera adecuada y ella arrodillada en el suelo, procedía a mezclar y amasar hasta que alcanzaba la consistencia óptima; entonces la tapaba con un cernadero de lino y la dejaba reposar hasta que la masa subía lo su-